

# PEDRO SOLBES

## RECUERDOS

40 años de servicio público



DEUSTO

## Índice

- [Portada](#)
- [Recuerdos](#)
- [Dedicatoria](#)
- [Introducción](#)
- [1. Desde Alicante a Bruselas](#)
- [2. El final de la transición y la adhesión a la CE \(1978-1985\)](#)
- [3. Mi primer gran reto: secretario de Estado para las Comunidades Europeas \(octubre de 1985-julio de 1991\)](#)
- [4. De la teoría a la práctica: ministro de Agricultura](#)
- [5. Ministro de Economía y Hacienda](#)
- [6. Mi experiencia como parlamentario](#)
- [7. Vuelta a Bruselas \(1999-2004\)](#)
- [8. Regreso a Madrid como vicepresidente económico del Gobierno. La primera legislatura de Zapatero](#)
- [9. La segunda legislatura de Zapatero](#)
- [Epílogo. Consideraciones finales](#)
- [Lista de acrónimos](#)
- [Fotografías](#)
- [Créditos](#)

**Te damos las gracias por adquirir este EBOOK**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Próximos lanzamientos  
Clubs de lectura con autores  
Concursos y promociones  
Áreas temáticas  
Presentaciones de libros  
Noticias destacadas

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora Descubre Comparte**

*Para Pilar y para mis hijos, que han vivido conmigo durante todos estos años la actividad política, incluso en su parte más adversa, y me han apoyado siempre. Sin ellos, la historia que cuenta este libro habría sido distinta.*

## Introducción

Al dejar la profesión pública, por varias vías me plantearon el proyecto de escribir unas memorias. Tras cuarenta años de experiencia, me decían, quizás podría aportar una visión adicional que pudiera ayudar a comprender algunos hechos recientes relacionados con la historia de nuestro país. También, como en muchos otros momentos de mi vida, tuve que hacer balance de mi decisión. Mi salida del mundo público era demasiado reciente y corría el riesgo de relatar una parte de mi historia con una clara falta de perspectiva. Sin embargo, finalmente opté por hacerlo. Éste es, pues, un relato que no pretende otra cosa que contar cómo viví y vi las diferentes etapas, recogiendo los hechos que más me han impactado de los diferentes períodos. De ahí el título, *Recuerdos*. Evidentemente, el enfoque es subjetivo, pues refleja mi visión actual de los problemas de aquellos momentos. No pretende ser completo, pues muchos temas se quedan en el tintero, ni equilibrado, ya que presto más atención, como es lógico, a los diez últimos años.

Quiero subrayar que no pretende en absoluto ser un libro sobre la crisis, si bien los detalles que narro en los dos últimos capítulos pueden ayudar a entender decisiones y comportamientos políticos de aquellos años. Por esta misma razón no creo que sea el lugar para comentar los acontecimientos posteriores a mi salida del Gobierno en abril de 2009.

El período que transcurre entre 1968 y 2009 ha sido rico en experiencias políticas y económicas. Baste citar el final del franquismo, la transición política, la crisis económica del «post 79», nuestra entrada en la Unión Europea, la unificación alemana y su impacto en Europa, los cambios de na-

turaliza de la UE tras Maastricht y los sucesivos procesos de ampliación, la entrada en vigor del euro y los diez años de bonanza económica en nuestro país, y todo ello aderezado por los problemas y crisis a nivel mundial, incluidas varias guerras, los procesos de globalización y extraordinario cambio tecnológico y la culminación de todo ello con la crisis, que empieza a vislumbrarse a partir de 2007. En muchos de esos temas fui espectador privilegiado y en algunos actor. Para mejor entender lo que sucedía en mis ámbitos de responsabilidad me he referido con frecuencia a los cambios políticos y situación económica en España, pero también en Europa y en algunos casos con referencias al contexto mundial.

El enfoque es el de un servidor público, con un cierto grado de independencia de la política de cada momento. El libro está dividido en capítulos que no corresponden a períodos históricos sino a mi experiencia profesional. En mi vida se ha mezclado la administración con la política, aunque a veces es difícil diferenciar entre ambas. Mi vida profesional se inicia en marzo de 1968 como Técnico Comercial en Madrid, posteriormente en Valencia y Bruselas, con vuelta a Madrid diez años más tarde. Esta experiencia laboral, pues, ha estado condicionada siempre por mi origen de funcionario y, desde mi primer destino en Bruselas, por mi relación con el mundo comunitario. En 1979 fui por primera vez director general, entonces con UCD, y desde finales de 1982, secretario general técnico en Economía y Hacienda y secretario de Estado para Asuntos Europeos con el PSOE. Hasta ese momento mi trabajo se centró más en el comercio exterior y los temas relacionados con Europa. Entre 1991 y 1995 fui nombrado primero ministro de Agricultura, Pesca y Alimentación por mi experiencia en temas comerciales y de negociación europea y acabé como ministro de Economía y Hacienda tras la crisis económica de primeros de los años noventa. Con ese nombramiento se produce un cambio en mi vida: la economía pasa a ser mi preocupación fundamental. Como comisario europeo entre 1999 y 2004, y vicepresidente y ministro de Economía entre 2004 y 2009

tuve que seguir prestando más atención a la economía que a otros temas, aunque siempre me pesó mi vinculación con Europa. Me presenté a las elecciones al Congreso de los Diputados en dos ocasiones, en las listas del PSOE como independiente, sin finalizar ninguna de las dos legislaturas. A pesar de ese currículum siempre me consideré más técnico que político, ligado a la transición y a la construcción europea, y a pesar de mis vinculaciones con el PSOE con un cierto grado de independencia.

Mi larga vida profesional me ha llevado a trabajar con mucha gente, ya fuera como subordinado ya fuera como jefe. Hacer referencia a todos ellos resultaría tarea imposible. Cito a algunos a lo largo del libro pero, sin duda alguna, hay carencias y olvidos importantes y les pido, a ellos, que me disculpen de antemano. Sí quiero insistir en un punto y es el del gran papel que siempre han desempeñado mis colaboradores. Los resultados hubieran sido distintos de no haber contado con los excelentes equipos que me han acompañado. Siempre he optado por un modelo de trabajo con un alto grado de delegación, pues creo firmemente que es lo que me ha permitido cubrir mejor las áreas bajo mi responsabilidad, sin esconder con ello que me han podido generar en ciertos momentos algún disgusto.

El sistema utilizado para elaborar este libro ha sido muy diferente en función de los capítulos. No he llevado ningún diario ni he tenido la costumbre de guardar notas de mis actividades durante estos cuarenta años. He tenido que recurrir a otras fuentes de información —artículos elaborados por mí en su momento— en los temas sobre las negociaciones y el período de secretario de Estado por ejemplo, pero también discursos, presencias en el Parlamento y la información publicada por la prensa en los diferentes períodos. Algunos de mis antiguos colaboradores me han ayudado en alguna de las partes con contribuciones o comentarios de todo tipo, y a todos ellos les agradezco sinceramente su esfuerzo. Sero Alcalde me fue de especial ayuda para el período comprendido entre 1985 y 1995.

En todo caso, la redacción del libro no hubiera sido posible sin la gran dedicación y esfuerzo de María Jesús Luengo, jefa de prensa en mi último período en Economía y Hacienda, sin cuyo apoyo no me hubiera atrevido a iniciar esta aventura. Su colaboración ha sido importante en todo el libro y en especial, en la preparación y redacción de los capítulos 8 y 9.

He intentado reflejar los hechos con la mayor objetividad, aunque sea consciente de la imposibilidad de conseguirlo. Una mayor distancia en el tiempo hubiera sido mejor para entender mejor mis últimos años en el Gobierno, pero se hubieran perdido muchos detalles y hubiera estado más condicionado por la múltiple literatura sobre ese período.

No pretendo que mi interpretación sea la única. En todo caso corresponde a mi visión de los acontecimientos tal y como ahora los recuerdo. Estoy seguro de que hay visiones diferentes. Mi pretensión es sólo explicar las razones que hubo tras mis decisiones en cada uno de los momentos en que tuve que adoptarlas.

## 1

**Desde Alicante a Bruselas****Años de formación y mis primeras experiencias profesionales**

Siempre me he considerado un ciudadano normal y he luchado por mantener esa normalidad. No sé si lo he conseguido. Respondo a un tipo de español estándar, nacido a principios de la década de los cuarenta, en los años más duros de la posguerra, en el seno de una familia de clase media, cuya obsesión fundamental era que los hijos estudiaran una carrera universitaria y progresaran. Mi madre, ama de casa, era experta, como tantas mujeres de la época, en estirar al máximo el sueldo de funcionario de Correos de mi padre para sacar adelante a sus cuatro hijos. Para mejorar los ingresos familiares mi padre dejó su actividad como funcionario y montó una gestoría en Alicante que permitió a la familia vivir con algo más de desahogo y cumplir el sueño de mis padres de que todos pudiéramos ir a Madrid a estudiar en la universidad.

Tuve una formación al uso de la época, en un colegio religioso de provincias, a escasos metros de mi casa, del que me quedan más recuerdos buenos que malos. Con 17 años me trasladé a Madrid para estudiar la carrera de Derecho, que comencé en el curso 1959-1960. Pronto constaté que podía complementar esa carrera con otros estudios y tras dudar entre Económicas y Políticas, me decidí por esta última.

Mis dos primeros años en Madrid transcurrieron en una pensión en la calle Núñez de Arce, cerca de la plaza de Santa Ana, compartiendo habitación con mi hermano. Sin un duro en el bolsillo, me centré en los estudios y el poco tiempo libre que tenía lo dedicaba a pasear, a asistir al teatro, como gran lujo, y de vez en cuando ir al cine o a tomar un vino. En tercer curso, me trasladé al Colegio Mayor Covarrubias.

El Madrid de aquella época era pequeño y también lo era el entorno universitario. No es raro, por tanto, que coincidiera en la facultad con muchas de las que después serían figuras destacadas en la vida del país. Las facultades de Derecho y la de Ciencias Políticas y Económicas —ubicada en el viejo caserón de la calle San Bernardo— eran un lugar privilegiado de debate intelectual, tan escaso en el país, donde tuve la fortuna de conocer a algunos profesores excepcionales y a bastante gente interesada por el futuro de España, más allá del franquismo. José María Maravall, Luis Gámir, Óscar Alzaga o Carlos Romero fueron algunos de los compañeros de mis años universitarios en los que Gregorio Peces Barba era delegado de la Facultad de Derecho.

Este ambiente se vivía también en el Colegio Mayor Covarrubias, donde residí varios años, dirigido entonces por Fernando Suárez, más tarde vicepresidente del Gobierno de Carlos Arias, que intentó convertir el Colegio Mayor en bastante más que una residencia, una ventana abierta a la realidad dentro de la cerrazón del sistema, a través de la celebración de conferencias y debates. Allí coincidí con personajes de lo más variado, desde Luis González Seara o Julián Santamaría a José Luis Balbín, y entre los más jóvenes Josep Borrell o Luis Carlos Croissier.

Siempre tuve claro que quería viajar al extranjero, conocer el mundo más allá de las estrechas fronteras políticas, económicas e intelectuales de la España de los años sesenta. Así que, cuando mi hermano me propuso que fuéramos a Alemania a trabajar durante el verano de 1960, no lo dudé. El viaje en autobús duró dos días. Primero, de Alicante a Barcelona en tren y desde allí a Leverkusen en autobús.

Me alojé con una familia alemana y trabajé en la fábrica de películas fotográficas Agfa, como ayudante en el almacén, llevando y trayendo carretillas cargadas de rollos de película fotográfica. La experiencia me gustó y repetí al verano siguiente. Visité Berlín en agosto de 1961, justo la semana antes de la construcción del muro, así que debo de ser de los pocos españoles que han conocido la ciudad antes, durante y después del muro. En la fábrica me tocó hacer de intérprete de no pocos españoles que habían emigrado a Alemania, por el incremento del paro, consecuencia del Plan de Estabilización que se había empezado a aplicar en 1959.

En 1964 terminé ambas carreras y empecé a preparar las oposiciones a Técnico Comercial del Estado. Esta elección fue fruto de una auténtica casualidad, ya que mi primera opción era preparar las oposiciones de Inspector de Hacienda y, de hecho, preparé la oposición durante un par de meses. Sin embargo, una cita en casa de una compañera de la facultad, Carmen Prieto Castro, me dio la oportunidad de hablar sobre mis planes futuros con su marido, Ramón Tamames, que me recomendó que cambiara mi visión tradicional por otra más innovadora y que preparara las oposiciones a Técnicos Comerciales del Estado. Le hice caso y, sin duda, acerté. Me puso en contacto con dos jóvenes técnicos que acababan de aprobar la oposición, Luis de Velasco y Pepe Montes. De este último, con el que tuve una gran amistad, recuerdo la mezcla entre su capacidad de análisis crítico y su sentido del humor. Le gustaban las afirmaciones lapidarias, siempre con gran contenido. De él fue —al inicio de la crisis de 1979— la frase: «Está todo tan mal que parece ya el año que viene».

Durante la preparación de la oposición coincidí con Guillermo de la Dehesa, con quien compartía preparadores. Mi mayor dificultad la encontré en los idiomas. Se exigían dos y yo elegí el francés, que había mal aprendido en el colegio, y el inglés, que había empezado a estudiar en una academia en Alicante. Siempre he tenido mal oído y nunca me he sentido cómodo hablando en otro idioma, a

pesar de haber pasado media vida desarrollándome en inglés y en francés. Fueron los idiomas los que me hicieron suspender la oposición el primer año que me presenté. Aprobé al segundo intento.

Para poder pagar parte de mis gastos mientras preparaba la oposición, empecé a dar clases como profesor ayudante de Relaciones Internacionales en la Facultad de Ciencias Políticas, en la cátedra de Antonio Truyol, que me inició en la política europea y con quien empecé a interesarme por los primeros pasos de la incipiente integración europea. Allí coincidí con Manuel Medina y Roberto Mesa, que ya tenían un largo currículum universitario, y con Juan Antonio Yáñez y Chenchó Arias, profesores ayudantes como yo.

Durante las dos décadas posteriores a la Guerra Civil, España había vivido aislada, de espaldas al mundo y, por supuesto, a Europa. Sin embargo, entre los grupos sociales más formados la pertenencia a Europa iba tomando cuerpo como una imperiosa necesidad y en aquellos primeros años en la universidad también llegué al convencimiento de que el futuro de España sólo podía escribirse dentro de Europa. Las posibles fórmulas de vinculación con Europa fue el primer tema al que presté atención en profundidad desde la universidad. Y no sabía entonces que la construcción europea acabaría siendo el hilo de referencia de mi quehacer profesional. En 1962, el entonces ministro de Asuntos Exteriores, Castiella, dirigió una carta a las Comunidades Europeas (CE) para iniciar negociaciones con vistas a una futura adhesión de España. La carta fue acogida con la máxima frialdad en Bruselas. De hecho, fue contestada con un acuse de recibo formal. Este episodio dejó claro que, mientras no existiera un régimen democrático, la Comunidad estaba vedada para nosotros, incluso bajo la fórmula de asociación, ya que la interpretación que se hacía del entonces artículo 238 del Tratado de Roma lo impedía en el caso de países europeos no democráticos. De este modo, los esfuerzos del Gobierno español se centraron en la consecución de un régimen comercial preferencial para la venta de

nuestros productos de exportación. Se planteó una nueva demanda para definir nuestras relaciones en 1967 que cristalizaría en el acuerdo comercial de 1970.

Como ya he dicho, aprobé la oposición al segundo intento, y en marzo de 1968 empecé a trabajar como funcionario en el Ministerio de Comercio, en la Dirección General de Política Arancelaria. Comercio constituía, tras las tímidas aperturas económicas introducidas por el Plan de Estabilización, uno de los núcleos más modernizadores dentro de la administración franquista. Al frente del ministerio había estado hasta 1965 Alberto Ullastres, miembro destacado del Opus Dei, que había entrado en el Gobierno en 1957, con el grupo de tecnócratas promovidos por Laureano López Rodó y apoyados por Carrero Blanco, y que supuso un cambio sustancial en términos de racionalidad económica. Cuando entré en el Ministerio ya había sido sustituido por Faustino García Moncó, pero tuve ocasión más tarde de conocerle bien.

En el Ministerio de la época aún sobrevivía parte de su equipo y de su espíritu y, a pesar de que, como digo, era una de las partes más modernas de la administración, seguía siendo el gestor de un complejo sistema de protección comercial. La liberalización iniciada en 1959 se había detenido y eran numerosos los productos sometidos a regímenes de importación específicos como el bilateral, el comercio de estado o el de compensación, y no eran pocos los países a los que no se aplicaba el régimen general de importación pactado con el GATT tras nuestra entrada en esa organización en 1964. La protección arancelaria era alta e incoherente (aligerada por medidas puntuales que implicaban un alto grado de discrecionalidad) y existía también una alta protección y subvención fiscal dado el sistema de cálculo de ajustes fiscales en frontera que se aplicaba. El resultado era un elevado proteccionismo, a pesar de los esfuerzos que se habían hecho hasta ese momento. En el ámbito intelectual, la Secretaría General Técnica de Comercio, impulsada por Manuel Varela, y en especial el grupo vinculado a Información Comercial Española, todavía dirigida

por Enrique Fuentes Quintana, era un reducto de modernidad que intentaba difundir los conocimientos económicos dominantes en el exterior y aplicarlos, en la medida de lo posible, en España.

El trabajo en el despacho de la calle Serrano duró pocos meses, aunque de mi corto paso por el departamento de Política Arancelaria aprendí algunas lecciones: la importancia de los intereses de los diferentes grupos en la política económica (siderurgia, carbón, papel o maquinaria, entre otros) y el riesgo de discrecionalidad e ineficiencia, en el mejor de los casos, de un proteccionismo integral que sólo se relajaba con actuaciones ad hoc (la lista apéndice de bienes de equipo era el paradigma, pues se rebajaban los derechos a la importación para productos individualizados, los bienes de equipo necesarios para modernizar el país, solución a pesar de todo mejor que la no importación).

A finales de 1968 me marché como subdelegado del Ministerio de Comercio a Valencia. Allí estuve cinco años, hasta que en septiembre de 1973 inicié mi primera aventura en Bruselas.

En Valencia la experiencia profesional fue apasionante, tanto en lo relativo a mi trabajo en la Administración como en la universidad, ya que seguí colaborando con Ernest Lluch, nuevamente en temas de economía europea, y con Rafael Martínez Cortiña, en temas de economía aplicada y sobre todo del sector agrario.

En Comercio mi trabajo estaba fundamentalmente ligado a la exportación, sobre todo a la hortofrutícola, pero no sólo a ella. Llegué a convertirme en un experto en el sector, en especial en los aspectos relativos a la comercialización exterior y a un sector, el de las ventas a través de cadenas de supermercados, entonces incipiente en España.

Una pincelada sobre la regulación de exportación de dos productos, los cítricos y el tomate de invierno, nos permiten apreciar los problemas con los que me encontraba y las soluciones de la época.

La exportación cítrica era relevante en nuestra balanza comercial y su impacto económico fundamental en la re-

gión, a pesar de que ya había una interesante base industrial para productos de consumo. Durante esos años viví día a día los debates entre exportadores y agricultores, defensores del sistema privado o del frágil sistema de cooperativismo. Una parte de la Administración era partidaria de una cierta regulación (ordenación se llamaba entonces) de la exportación, para competir con los sistemas centralizados de exportación de Israel y Marruecos. Y existía una clara intervención para respetar la normalización de los productos exportados (que paradójicamente no se aplicaba para el consumo interior) e incluso se adoptaban medidas de restricción cuantitativa de la exportación o de otro tipo en circunstancias de crisis, como era el caso de las heladas.

Los intereses sectoriales se aglutinaban en el Sindicato de Frutos y Productos Hortícolas, incardinado en la Organización Sindical, principal interlocutor de la Administración. Conocer ese mundo en detalle resultó ser toda una experiencia. Dedicué mucho tiempo a estudiar la realidad de la exportación agrícola, tanto en origen como en destino, en un momento en el que empezaban a aplicarse los primeros reglamentos de la entonces Comunidad Económica Europea que protegían los productos de Italia y Francia de la competencia española. Era un sistema de protección variable, y se imponían sanciones, llamadas «tasas compensadoras», durante los períodos en los que los precios de mercado eran inferiores a unos precios de referencia fijados cada año. La defensa frente a ese proteccionismo me llevó a proponer, con la parte más dinámica del sector, la creación de un organismo profesional, distinto del Sindicato, que permitiera seguir la evolución del mercado, incidir en la toma de precios y, en definitiva, evitar la imposición de esas sanciones. El sistema fue un éxito y se consiguió evitar la mayor parte del impacto negativo de aquellas medidas. Una parte de él, el sistema interprofesional creado, pervive.

De las restricciones a la exportación la más peculiar era, en mi opinión, la prohibición de exportación de tomate de invierno desde la Península a los mercados europeos a partir del 31 de enero de cada año. La justificación se en-